

Dos acequias históricas en la Ciudad del Real de Las Palmas

Cuando Juan Rejón funda el Real de Las Tres Palmas la elección vino dada por la estrategia del lugar y la presencia del agua.

Desde Sevilla, desde el corazón de Al-Andalus, vinieron a fundar la ciudad junto a un río, riachuelo o barranco que nos ha llegado con el nombre de Guinguada.

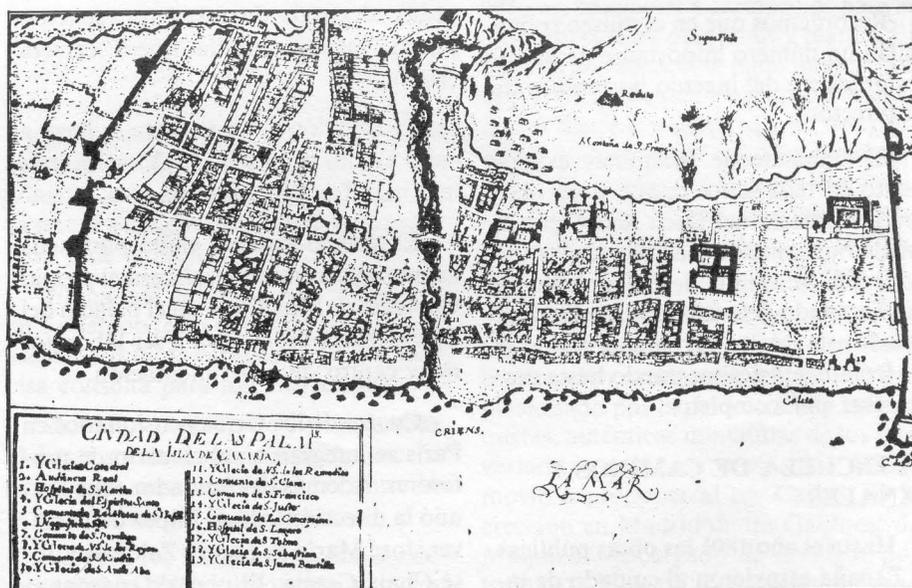
Los lingüistas no se han puesto de acuerdo en el examen de la palabra; todavía no tenemos la voz de nuestros lingüistas modernos poniendo luz al asunto. Unos dicen que procede de Guin = Espíritu y Guad = Río o barranco, y significaría: barranco de los espíritus. Otros dicen "donde corre el agua". De todas formas su designación árabe parece incuestionable. Así no deja de ser asombroso cómo hombres procedentes de Sevilla, acompañados seguramente de mozárabes, vinieron a fundar el Real desde el Guadalquivir junto al Guinguada y aparece desde el principio la banda de Triana, como en la ciudad andaluza, al otro lado del río. Esto apoyará la tesis de Álvarez Delgado de aceptar como auténticas las palabras o voces aborígenes que obedecen a la lingüística berberófona y esperamos de él la obra prometida.

Desde el lugar del fuerte de Santa Ana era fácil adquirir el agua. Quizás,

al principio, directamente del río y luego de los pozos que las casas solariegas iban abriendo en los patios. La isla era la que más aguas corrientes tenía. Con la instalación de los primeros cultivos el agua, para producir cañas de azúcar y mover ingenios y molinos, se hizo un bien escaso, y en manos de los que tenían dadas de cultivos de regadío con la promesa de dedicarlos al producto más preciado que era el del azúcar.

Pedro de Vera, convertido en gobernador, mandó destruir las primeras murallas dejando en pie el torreón de los

perrechos militares en lo alto del lomo sur del Guinguada. Corrían los años de 1479-80, fechas de los primeros repartimientos. Realmente significaban poco los canarios aborígenes ya que sin acabar el sometimiento de la isla (que no se "sometió" nunca) ya se repartían tierras y aguas. Con los repartos el Guinguada empezó a secarse; una parte importante de las aguas que lo alimentaban se desvían de su curso para el riego. La mitad de las aguas de la mina de Tejeda van al Dragonal por la adjudicación que se había hecho a Juan de



Aríñez en 1532 por realizar las obras; las otras, encauzadas en acequias, aquellos riachuelos artificiales que admiraron a Fray José de Sosa. Tanto la fauna como la flora y, en suma, la ecología de las dos cuencas sufren su primer impacto. Bajo el nombre de heredamientos se regulan las aguas que venían a la ciudad para formar los de Vegueta, Triana, Barranco Seco y el de Morales o del Rey, cuyas aguas venían por la acequia del Rey (abierta en el siglo XVI) hasta la explanada del castillo de San Francisco que se construye en el XVII. En 1854 Déniz Grek cuando nos habla de los heredamientos desconoce su formación. Sabemos que los "herederos" que no podían pagar los mantenimientos a los que obligaba la heredad perdían sus "derechos" y eran forzados a venderlos. Éste es el error que desde el origen hace que el agua caiga en manos de los pudientes bajo el título de "compra" de un "derecho" que no existía ya que los usufructuarios de las aguas realengas no tenían derechos sino sólo deberes.

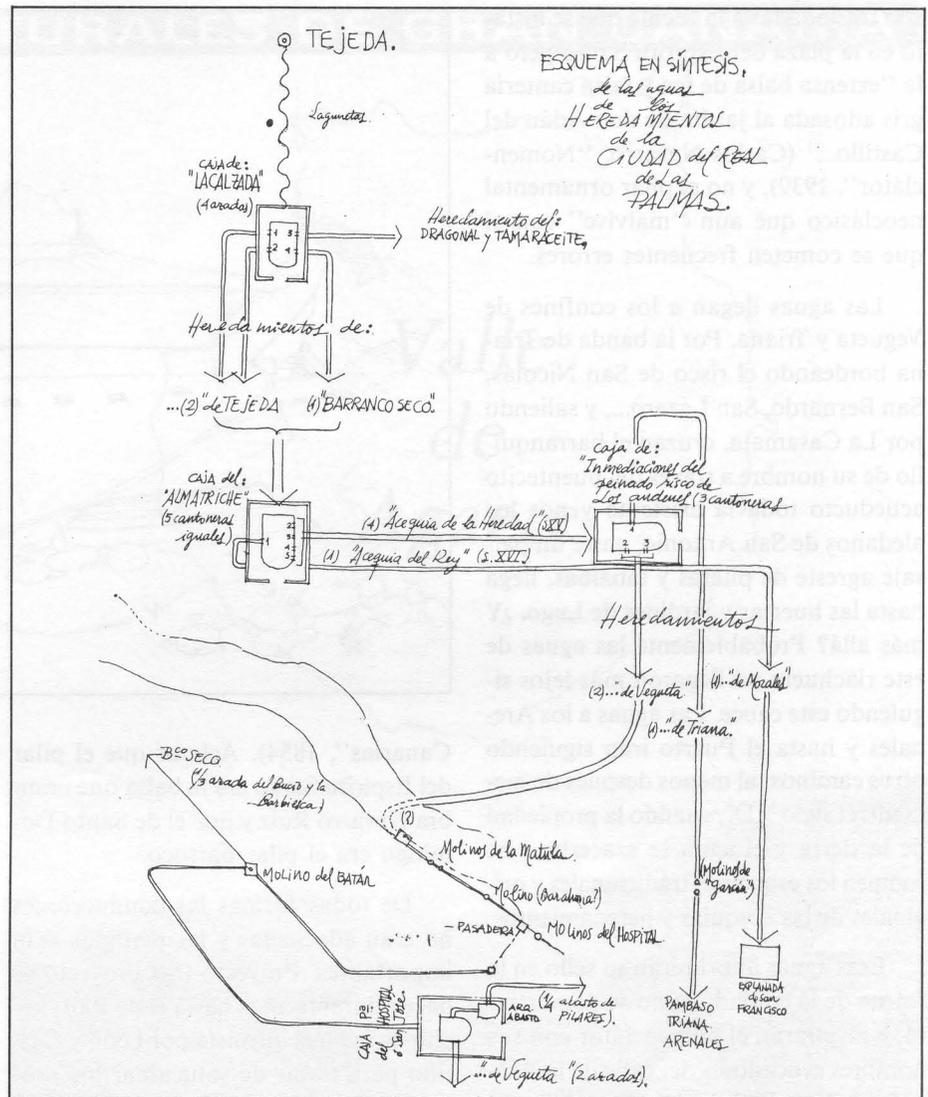
Así es como desde el principio las aguas vienen a la ciudad para regar sus vegas y las huertas de la ciudad. Lo primero que hicieron los colonizadores fue roturar las tierras y construir las acequias con las ordenanzas que las regulaban.

Cuando Fray José de Sosa o Pedro Agustín del Castillo (1686) nos hablan de los riachuelos de la ciudad, ésta era un vergel y así permanece hasta principios del siglo XX con períodos de sequías y riadas.

Pedro de Vera, señor feudal de Vegueta, aseguró para sí el disfrute de la Vega de San José y "Huertas" de la ciudad y de la mayor parte del agua.

Las aguas pasaban por los molinos de pan de la ciudad en el promontorio de San Roque, más tarde molinos del hospital, y luego bajaban por la "sangradera" (es mi tesis) a mover el ingenio azucarero situado en la margen derecha un cuarto de legua río arriba. De este beneficio no participó el Alférez Alonso Jáimez de Sotomayor. Con estas aguas riega, según mi tesis, las huertas de la ciudad dado que no deberían perderse pero tampoco podrían regar tierras más altas.

Pedro de Vera lleva las aguas a su casa en el solar de Santo Domingo y corriendo por la calle de la Acequia bajaban hasta los pilares de la ciudad.



Lo que no sabía Fray José era que las aguas no surgían en dos riachuelos desde el río en las afueras de la ciudad sino que venían dispuestas en acequias fuera del cauce desde 15 kms. Tal proeza se une a la de atravesar el macizo de Tejeda, encañarla 7 u 8 kilómetros, construir un túnel bajo San Francisco o la contracequia del Dragonal de 500 metros de longitud.

Aún sin recorrer toda la cuenca del Guinguada, es un misterio para mí dónde "cruzan" las aguas del hereditamiento de Vegueta al Guinguada, que vienen juntas hasta el término del Almatriche, para luego dividirse "cerca del peinado risco de los Andenes" y caminar separadas en sus respectivas acequias los márgenes del Guinguada. Siempre vinieron juntas las aguas del abasto de los pilares con las del riego hasta el año 1792.

En 1501 se hace merced de las aguas de Tejeda y cuando se enajenaron las aguas en 1527 se reserva para la ciudad la que pudiese pasar por los cuatro caños del pilar de Santa Ana y medio real para el convento de Santo Domingo.

Las aguas al venir descubiertas se encañaban. Hacía falta traer aguas limpias y por tanto encañadas y fijaron su atención, después de abandonar la idea de Las Canales (1581), en unas fuentes situadas en el término del Almatriche, en un lugar llamado de "Los Morales" por las plantas de este árbol que allí había. Eguiluz y Cano sanearon la ciudad y emprendieron la tarea de traer las aguas desde aquellas fuentes hasta la ciudad. Y en agosto de 1792 vienen por primera vez a la ciudad las aguas de abasto en frágiles tubos de cerámica que "fisionaban los álamos".

Existían los pilares de la Plaza Principal, el Pilar "Nuevo", el pilar de Triana y el de las cárceles, que dicen tenía uno público. El de la Plaza Principal, como correspondía a una plaza representativa, no podía soportar el uso y el trasiego de un pilar en su centro. Por eso pasan a usarse el pilar "Nuevo" y el de Triana, junto con el público de las cárceles.

Aunque el pilar de Santa Ana subsiste sin usarse después de 1792 las aguas

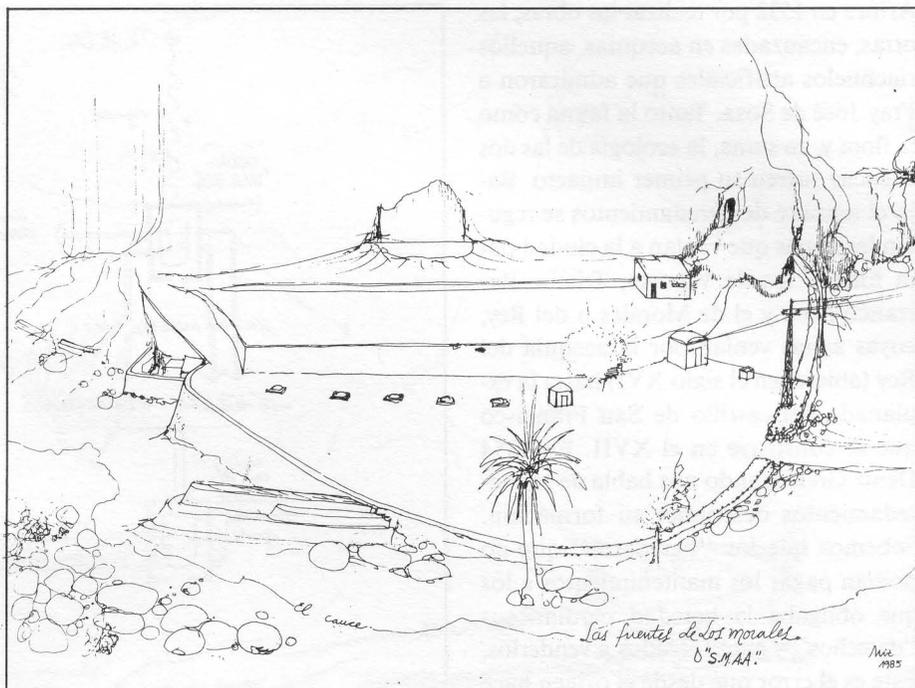
son trasladadas a la fuente que se instaló en la plaza del Espíritu Santo pero a la “extensa balsa de fea y falsa cantería gris adosada al jardín de don Adán del Castillo...” (Carlos Navarro, “Nomenclátor”, 1939), y no al pilar ornamental neoclásico que aún “malvive” con el que se cometen frecuentes errores.

Las aguas llegan a los confines de Vegueta y Triana. Por la banda de Triana bordeando el risco de San Nicolás, San Bernardo, San Lázaro..., y saliendo por La Casamata, cruzan el barranquillo de su nombre a través del puentecito acueducto todavía existente y por los aledaños de San Antonio, entre un paisaje agreste de piteras y tabaibas, llega hasta las huertas y jardines de Lugo. ¿Y más allá? Probablemente las aguas de este riachuelo no llegaron más lejos siguiendo este cauce. Las aguas a los Arenales y hasta el Puerto irán siguiendo otros caminos, al menos después de mediado el siglo XIX, cuando la propiedad de la tierra y el agua se exagera y se rompen los esquemas tradicionales y originales de las acequias y heredamientos.

Esas aguas imprimirán su sello en la forma de la ciudad, como se demostrará, e inspirarán el nomenclátor con sus nombres evocadores de: calle de la Acequia, calle de la Caja del Agua, calle del Agua, calle del Pilarillo Seco, calle del Pilar del Perro, calle de la Fuente, calle de Aguadulce, Plaza del Pilar Nuevo...

A partir de 1792 la ciudad tampoco tuvo abundancia de aguas y nueve meses más tarde de aquel memorable agosto del año citado, las tuberías quedaban inservibles (abril, 1793), seguramente al no poder soportar los efectos del invierno. Seguirían trayendo aguas pero con fuertes pérdidas y en mal estado. Este deterioro sigue hasta 1818 en que las aguas de abasto vuelven por segunda vez al risco de San Roque, en la entrada de la ciudad.

Pasarían unos 35 años para que definitivamente las aguas llegaran de nuevo a la ciudad, “a los sesenta y un años, el 25 de agosto del presente de 1853, a las once de la mañana, unos cuantos tronadores anunciaron a los vecinos de Las Palmas el memorable aniversario de la primera llegada de la Fuente Morales a los pilares de su ciudad, fluyendo segunda vez por el del Espíritu Santo, de Santo Domingo, Nuevo, de Triana y de los Mareantes” (Déniz Grek, “Historia de



Canarias”, 1854). Aclarar que el pilar del Espíritu Santo era la balsa que nombra Navarro Ruiz y que el de Santo Domingo era el pilar barroco.

De todas formas las conducciones no eran adecuadas y las pérdidas eran importantes. Proyecto tras proyecto se hacen durante años hasta el de 1901, hecho de manera altruista por León y Castillo para tratar de solucionar los problemas de abasto.

Años más tarde, después de muchos forcejeos políticos, prevalece la idea de adjudicar las aguas a una empresa económicamente fuerte y, con problemas, se adjudican a The City of Las Palmas Water and the Power Company Limited; compañía inglesa, más tarde consorciada, que resultó no tener dinero para afrontar la empresa.

A principios de 1913 emite 2.470 obligaciones de 100 libras esterlinas. Para ganarse a sus favorecedores y oponentes conceden primas y acciones.

La City se funde con Fomento, que dirige su Consejo Local llevado “por la alta burguesía grancanaria y de sus vinculaciones con el capital imperialista” (Agustín Millares Cantero, “Aguayro” 98). La City va ejerciendo su control sobre buena parte de las aguas de la cuenca del Guinguada, sobre todo en el término de San Mateo donde posee aduclamientos importantes.

Será con la segunda guerra mundial y con la retirada de los ingleses que el Ayuntamiento presidido por Francisco

Hernández adquirió por unos pocos millones todos los bienes de la empresa.

La epopeya del agua siempre fue la historia de esta ciudad y de esta isla, su llave y su bisagra. Y lo mismo pudo aislar a los menesterosos que provocar plagas y enfermedades, crecimientos y retrocesos, sequías y emigraciones... Todavía no está escrita la historia desde ángulos nuevos que permitan análisis severos y desprejuiciados. Aunque Francisco Quirantes apoye lo contrario, siempre tuvo razón el más fuerte y las aguas, en manos de los poderosos, impidieron el abasto y en varios siglos el crecimiento de esta ciudad. No se crean pilares nuevos en los barrios y hasta avanzado el siglo XX no llegan las aguas de abasto a los Arenales. Menos llegaban a La Isleta u otros barrios. ¿Y qué hubiera sido si campañas higiénicas de los médicos de la ciudad no hicieran esfuerzos por llevar aguas en buen estado a estos lugares? Lo hizo López Botas, lo hizo Déniz Grek..., era la voz de los que atendían la ciudad necesitada a cambio de nada.

Pero el agua, siempre el agua, seguirá marcando a esta ciudad y por extensión a la isla y a las islas porque los dueños del agua son los dueños de las islas y los dueños de las islas son los dueños del agua, de sus caminos y de su destino final..., nuestro destino.

TOMÁS HERNÁNDEZ NIZ